

Oscar Wilde
Tres cuentos



selección **doce uvas**

RIALP

OSCAR WILDE

Tres Cuentos

EDICIONES RIALP, S. A.
MADRID

© 2014 de la versión española, realizada por JOSÉ GABRIEL RODRÍGUEZ PAZOS,
by EDICIONES RIALP, S.A.,
Alcalá, 290 - 28027 Madrid
(www.rialp.com)

Fotografía de cubierta: © idea – Fotolia.com

Realización ePub: produccioneditorial.com

ISBN: 978-84-321-4448-6

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *Copyright*.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir, fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE

PORTADA

PORTADA INTERIOR

CRÉDITOS

INTRODUCCIÓN

EL AMIGO FIEL

EL RUISEÑOR Y LA ROSA

EL MILLONARIO MODELO

INTRODUCCIÓN

Entre la multitud de citas y aforismos de Oscar Wilde, es especialmente famoso uno dicho como de pasada por uno de sus personajes, Lord Darlington, en la obra de teatro *El abanico de lady Windermere*: «Todos estamos en la cloaca, pero algunos miramos hacia las estrellas». De la cloaca en que cayó Oscar Wilde ya se ha hablado abundantemente, incidiendo en sórdidos detalles que parecen ser lo que más interesa al gran público, aunque entre ese gran público probablemente sean pocos los que hayan leído alguna obra de Wilde. Quiero tratar brevemente en esta introducción de esa otra faceta de la vida del escritor de la que no se habla tanto, cuando no se silencia deliberadamente: su mirada hacia las estrellas. Porque la tragedia de Wilde consistió en una lacerante fractura entre lo que veía que debía ser su vida y el tirón que ejercían sobre él lo que él mismo define en *De Profundis* como «placeres perversos y pasiones extrañas». En ningún momento dice Wilde que la cloaca sea vergel, y en esto radica la principal diferencia con las ideologías actuales. Si acaso, para atemperar la tragedia, Oscar Wilde se refugiará en el arte y hará vida del arte y arte de la vida, en un intento de difuminar los límites que marca la moral.

Oscar Wilde pasa tres años en el Trinity College de su Dublín natal y de ahí, con veinte años, va al Magdalen College de Oxford en 1874, donde se graduará cuatro años después. Wilde es un estudiante brillante y recibe durante esos años una muy sólida formación humanística. De esa formación da testimonio el hecho de que, entre los libros que Wilde leyó durante el tiempo que pasó en la cárcel, están *La Divina Comedia* de Dante en el original italiano y unos evangelios en griego clásico. En 1879 se establece en Londres y, a partir de entonces, se irá consolidando la imagen del esteta que ya empezó a configurarse durante sus años universitarios. Publica poesías, imparte conferencias, desarrolla una intensa vida social y se convierte en escritor y dramaturgo de grandísimo éxito.

En 1884, Wilde se casa con Constance Lloyd, de la que tiene dos hijos: Cyril y Vyvyan. El cariño de Wilde por sus hijos queda patente en los recuerdos de Vyvyan, quien describe a su padre jugando con ellos echado en el suelo, en una sociedad y una época en la que no era frecuente ese tipo de relación de los padres con sus hijos. También es significativo el hecho de que Wilde empezara a publicar cuentos como los que aquí se ofrecen al lector a partir de las historias que relata a sus hijos. Constance fallece a los cuarenta años, dos años antes que su marido. A pesar de todo lo que este le hizo pasar, mantuvo siempre su afecto y admiración por él y nunca llegó a divorciarse, aunque así se lo aconsejó algún abogado. Constance consideraba que Oscar no había desarrollado en plenitud su enorme talento por el tipo de vida por la que se dejó llevar. Ella era perfectamente consciente de lo inconstante de su marido y la poca firmeza que tenían sus propósitos de rehacer la vida familiar, pero siempre se mostró dispuesta a perdonarle todo. Además, se preocupó de enviarle dinero periódicamente cuando salió

de la cárcel, e incluso añadió una cláusula a su testamento para que estos pagos continuaran después de su muerte.

En 1891, Oscar Wilde conoce a lord Alfred Douglas, con quien continuará deslizándose por la pendiente de «placeres perversos y pasiones extrañas». La relación con Douglas acabará siendo fatal para el escritor. La causa última de lo que aconteció fue el odio profundo que Douglas sentía por su padre, el marqués de Queensberry, como Wilde le recrimina en *De Profundis*. Wilde fue condenado a dos años de trabajos forzados por «gross indecency», burda indecencia, cometida con otros varones. Pero, aunque ese fue el delito por el que se le condenó, nada habría pasado si Wilde no se hubiera enfrentado al marqués de Queensberry, instigado por Douglas. El hecho es que Douglas salió indemne de todo aquel proceso cuando, ante la ley, había cometido los mismos delitos por los que fue condenado Wilde. Todo empieza cuando el marqués le hace llegar una tarjeta a Wilde en la que le llama sodomita; Douglas ve una ocasión de oro para hundir a su padre y anima a Wilde a que lo denuncie por libelo. Y ese fue el gran error de Wilde, que acabó en la cárcel no tanto por su homosexualidad como por haber desafiado a una sociedad, al desafiar a uno de sus notables. El proceso se vuelve contra Wilde y el final es el que conocemos.

La mirada de Wilde a las estrellas se percibe tanto en su obra, salpicada de continuas referencias religiosas, como en su vida. Desde joven se siente atraído por la Iglesia católica y, de manera especial, por su liturgia, lo que le lleva a asistir de manera esporádica a misas y ceremonias católicas. Este es el motivo por el que su padre, protestante, decide alejarlo de los ambientes católicos de Dublín y enviarlo a Oxford. Allí, en contra de lo que su padre esperaba, Wilde se sumerge en la lectura de autores católicos, sobre todo Newman, converso, contemporáneo de Wilde y beatificado por Benedicto XVI. Durante esa época, Wilde meditará también con frecuencia la *Imitación de Cristo* de Tomás de Kempis. Wilde estuvo a punto de convertirse en el invierno de 1877. Después de haber conversado con el padre Sebastian Bowden, del Brompton Oratory de Londres, este le citó para el día siguiente, parece que con la intención de preparar su recepción en la Iglesia católica. Wilde no acudió a la cita, sino que envió un ramo de lirios con un mensajero. Era su forma de decir que todavía no estaba preparado. El éxito como dramaturgo y el consiguiente enriquecimiento de los años posteriores contribuyeron a que su interés por la Iglesia católica perdiera intensidad. Sin embargo, se da la circunstancia de que varios amigos de Wilde se convirtieron al catolicismo y alguno de ellos se ordenó sacerdote. La relación con estas personas mantiene viva una inquietud que va reapareciendo ocasionalmente.

Una figura clave en la vida de Wilde fue Robert Ross, un joven canadiense al que Wilde conoció en 1886. Ross se convierte al catolicismo ocho años más tarde y acabará siendo el amigo más fiel de Wilde, el que le acompañará en el lecho de muerte y su albacea literaria. Como el mismo Ross dejó escrito en su correspondencia, Wilde le manifestó en varias ocasiones sus deseos de hacerse católico; Ross se lamentará de haberlo disuadido siempre porque pensaba que a su amigo le faltaba firmeza en la decisión; no obstante, Wilde le hizo prometer que le llevaría un sacerdote cuando se

estuviera muriendo, para ser recibido en la Iglesia. Y así fue. Ross llevó al hotelillo de París donde agonizaba Oscar Wilde al padre Cuthbert Dunne, un joven religioso pasionista irlandés que administró al escritor el bautismo *sub conditione* y la extremaunción.

El padre Dunne, decidió no dar durante su vida detalles de los últimos momentos de aquel moribundo. Cinco años antes de su muerte, ocurrida en 1950, el sacerdote irlandés puso por escrito estos hechos, con la indicación de que no se publicaran hasta su fallecimiento; consciente de la importancia del personaje al que le había tocado asistir en sus últimos momentos, había guardado metódicamente sus notas, las cartas de Ross, las solicitudes de asistencia al moribundo, documentos sobre los preparativos del funeral, recortes de prensa, etc. Este es el testimonio del padre Dunne sobre los momentos finales de Wilde, cuando lo recibió en la Iglesia católica:

«Como estaba en un estado semi-comatoso, no me atreví a darle el santo viático. No obstante, debo añadir que, por momentos, se despertaba y que, estando yo presente, estuvo despierto. Entonces daba señales de estar internamente consciente. Hacía grandes esfuerzos por hablar e, incluso, lo seguía intentando durante un tiempo, aunque no conseguía pronunciar palabras articuladas. El hecho es que me quedó perfectamente claro que me entendía cuando le dije que estaba a punto de recibirle en la Iglesia católica e impartirle los últimos sacramentos. Por las señas que hizo, lo mismo que por las palabras que intentaba articular, me quedó claro su pleno consentimiento. Y cuando le repetí al oído los santos nombres, los actos de contrición, fe, esperanza y caridad, junto con los actos de humilde resignación a la voluntad de Dios, intentó en todo momento repetir las palabras después de mí»[1].

Al día siguiente, poco después de las dos de la tarde del 30 de noviembre del año 1900, fallecía Oscar Wilde. Concluyó entonces la otra historia de Oscar Wilde. La de su mirar a unas estrellas que acabó alcanzando[2].

José Gabriel Rodríguez Pazos

[1] Esta cita está tomada del artículo «Oscar Wilde: The Final Scene», publicado por Edmund Burke en *The London Magazine* (vol. 1, nº2, pp. 37-43). La traducción al español es mía.

[2] La presente introducción es una adaptación de un artículo más extenso publicado en la revista *Cálamo* (nº 61, pags. 29-34).

UNO

EL AMIGO FIEL

Una mañana, la vieja rata de agua asomó la cabeza por la entrada de su madriguera. Era una rata macho de pequeños ojos brillantes, tiesos bigotes grises y una larga cola negra que parecía de caucho. Los patitos que nadaban por el estanque semejaban un montón de canarios amarillos, y su madre —que era de un blanco puro, con patas de rojo intenso— les intentaba enseñar a meter la cabeza en el agua.

—Nunca conseguiréis acceder a los mejores círculos sociales, si no aprendéis a meter la cabeza en el agua —les repetía con insistencia.

Una y otra vez les mostraba cómo debían hacerlo, pero los patitos no prestaban atención. Eran muy jóvenes todavía para percibir las ventajas que podía proporcionarles la vida social.

—¡Qué niños más desobedientes! —gritó la vieja rata de agua—. Merecen que se les ahogue.

—Ni hablar —contestó la pata—. Todos tienen que tener una primera vez, y la paciencia de los padres nunca es excesiva.

—¡Bah! Yo no sé nada de sentimientos paternos —dijo la rata de agua—. La familia no es lo mío. De hecho, nunca me he casado, ni pienso hacerlo. El amor está muy bien a su manera, pero la amistad es algo mucho más elevado; y no conozco en este mundo bien más noble y más escaso que la amistad fiel.

—¿Y qué idea tienes tú de las obligaciones de un amigo fiel? —le preguntó un pardillo verde que estaba posado en un sauce y había escuchado la conversación.

—Sí, eso es precisamente lo que yo quiero saber —dijo la pata.

Y se fue nadando al otro extremo del estanque, donde metió la cabeza en el agua para dar buen ejemplo a sus hijos.

—¡Qué pregunta tan tonta! —exclamó la rata de agua—. De un amigo fiel espero que sea fiel... A mí, claro.

—¿Y qué harías tú a cambio? —dijo el pajarillo columpiándose en una ramita plateada y agitando sus pequeñas alas.

—No te entiendo —contestó la rata de agua.

—Permíteme que te cuente una historia sobre esta cuestión —dijo el pardillo.

—¿Es una historia sobre mí? —preguntó la rata—. Si es así, te escucharé, porque me encantan las historias.

—Se puede aplicar a ti —contestó el pardillo.

Y bajó volando a la orilla del estanque, donde empezó a contar la historia del amigo fiel.

—Hace mucho tiempo —comenzó el pardillo—, había un honrado hombrecillo que se llamaba Hans.

—¿Era persona muy distinguida? —preguntó la rata de agua.

—No —contestó el pardillo—, creo que no era en absoluto distinguido, a no ser por su buen corazón y su divertida cara redonda de persona bienhumorada. Vivía solo en una pequeña casa de campo y se pasaba el día trabajando en su jardín. No había en toda la comarca un jardín tan bonito como el suyo. Tenía minutisa, clavellina, bolsa de pastor y botón de oro. Había rosa de Jericó y rosa amarilla, lila y violeta dorada, morada y blanca. La aguileña y el berro, la mejorana y la albahaca, la primula y la flor de iris, el narciso y el clavel retoñaban o florecían en el orden correspondiente al paso de los meses, y unas flores ocupaban el lugar de las otras, de modo que siempre había cosas bellas que mirar y aromas agradables que oler.

»El pequeño Hans tenía muchos amigos, pero su amigo más fiel era el enorme Hugh, el molinero. Era tal la devoción que el rico molinero profesaba al pequeño Hans que, siempre que pasaba por su jardín, se encaramaba en el muro y cogía un buen ramillete de flores o de hierbas aromáticas, o llenaba sus bolsillos de ciruelas y cerezas, si era temporada de fruta.

»“Los verdaderos amigos deben compartirlo todo”, solía decir el molinero, y el pequeño Hans asentía, sonreía y se sentía muy orgulloso de tener por amigo a alguien con tan nobles ideas.

»A veces, a los vecinos les resultaba extraño que el rico molinero nunca le diera a Hans nada a cambio, a pesar de que tenía un centenar de sacos de harina almacenados en su molino, seis vacas lecheras y un enorme rebaño de lanudas ovejas. Pero a Hans nunca le preocupó eso, ya que nada le proporcionaba mayor placer que escuchar las cosas tan maravillosas que el molinero acostumbraba a decir sobre el desinterés de la verdadera amistad.

»Así pues, el mayor afán del pequeño Hans era el cuidado de su jardín. Durante la primavera, el verano y el otoño, era muy feliz, pero cuando llegaba el invierno y no tenía fruta o flores que llevar al mercado, pasaba mucho frío y hambre y, a menudo, se tenía que ir a la cama sin otra cena que unas peras secas o unas nueces duras. El invierno era también para él un tiempo de extrema soledad, porque el molinero no iba nunca a verle en aquella época.

»“No tiene sentido que vaya a ver al pequeño Hans mientras haya nieve”, le decía el molinero a su esposa, “porque, cuando uno lo pasa mal, hay que dejarlo solo y no importunarlo con visitas. Esa es al menos mi noción de la amistad, y no me cabe duda de que tengo razón. Así que esperaré a que llegue la primavera y le haré entonces una visita; entonces ya podrá darme una buena cesta de primulas y seguro que eso le hace muy feliz”.

»“Eres tremendamente considerado con los demás...”, le contestó su esposa mientras se sentaba en su cómoda butaca, junto a la gran chimenea en la que ardían unos troncos de pino, “*muy, muy* considerado. Es una auténtica delicia oírte hablar de la amistad. Estoy segura de que ni siquiera el pastor sería capaz de decir cosas tan bellas en sus sermones, a pesar de que vive en una casa de tres plantas y lleva un anillo de oro en el meñique”.

»“¿Y no podríamos decirle al pequeño Hans que viniera aquí?”, dijo el hijo menor del molinero. “Si el pobre Hans lo está pasando mal, yo le daré la mitad de mis gachas y le enseñaré mis conejos blancos”.

»“¡Qué niño más tonto!”, exclamó el molinero. “No sé para qué te mandamos a la escuela. No parece que estés aprendiendo nada. ¿No te das cuenta de que, si Hans viniera aquí y viera el calor de nuestro fuego, nuestra succulenta cena y nuestro gran barril de vino tinto, podría tener envidia? Y la envidia es algo terrible que puede echar a perder la naturaleza de cualquiera. No voy a consentir de ningún modo que la naturaleza de Hans se eche a perder. Soy su mejor amigo y voy a velar siempre por él, para que no caiga en tentación alguna. Además, si Hans viniera, me pediría quizás algo de harina al fiado, cosa que yo no podría hacer. Una cosa es la harina y otra la amistad, y no deben confundirse. ¿Acaso no son dos palabras distintas con significados bien distintos? Eso lo ve cualquiera”.

»“¡Qué bien hablas!”, dijo la esposa del molinero, sirviéndose un gran vaso de cerveza templada. “La verdad es que hasta me entra un cierto sopor al escucharte. Es como estar en la iglesia”.

»“Muchos son los que se comportan bien”, le contestó el molinero, “pero muy pocos los que hablan bien, lo cual deja bien patente que hablar es, de esas dos cosas, la más difícil y, con mucho, la más excelente también”. Y miró con dureza a su hijo pequeño, que estaba en el extremo opuesto de la mesa y que, avergonzado, bajó la cabeza, se puso colorado y empezó a llorar encima de su taza de té. No obstante, era tan pequeño que debemos excusarle».

—¿Es ese el final de la historia? —preguntó la rata de agua.

—Por supuesto que no —contestó el pardillo—. Ese es el principio.

—Entonces es que estás muy anticuado —dijo la rata de agua—. Hoy en día, un buen narrador comienza por el final, continúa con el principio y concluye con la parte central de la historia. Ese es el nuevo método. Se lo escuché el otro día a un crítico que paseaba alrededor del estanque con un joven. Trató el asunto con todo lujo de detalles, y estoy seguro de que debía de tener razón, porque llevaba anteojos azules, era calvo y, cada vez que el joven hacía algún comentario, siempre le respondía «¡bah!». Pero continúa con tu relato, te lo ruego. El molinero me gusta sobremanera y me está inspirando todo tipo de bellas emociones: sospecho que tenemos un común sentir.

—Pues bien —continuó el pardillo, dando saltitos primero sobre una pata y luego sobre la otra—, cuando acabó el invierno y las primulas empezaron a mostrar el pálido amarillo de sus estrellas, el molinero le dijo a su esposa que iba a ver al pequeño Hans.

»“¡Qué buen corazón tienes!”, exclamó su esposa. “Siempre estás pensando en los demás. No olvides llevar la cesta grande para las flores”.

»Después de plegar las aspas del molino y asegurarlas con una gruesa cadena de hierro, el molinero bajó la cuesta con la cesta colgada del brazo.

»“Buenos días, pequeño Hans”, dijo el molinero.

»“Buenos días”, contestó Hans apoyándose en la pala, con una sonrisa de oreja a oreja.

»“¿Qué tal has pasado el invierno?”, preguntó el molinero.

»“Bien, la verdad...”, contestó Hans. “Qué bien que preguntes, qué bien... Lo cierto es que ha sido bastante duro, pero ya está aquí la primavera, estoy contento y todas mis flores están muy bien”.

»“Hemos hablado a menudo de ti durante el invierno, Hans”, dijo el molinero, “y nos preguntábamos cómo te iba”.

»“Qué amable de tu parte”, dijo Hans. “Tuve miedo de que te hubieras olvidado de mí”.

»“Hans, me sorprendes”, dijo el molinero. “La amistad nunca olvida. Eso es lo que tiene de maravilloso, pero me temo que a ti se te escapa la poesía de la vida. Por cierto, ¡tus primulas están preciosas!”.

»“Están preciosas, ciertamente”, dijo Hans, “y es una gran suerte que tenga tantas. Las voy a llevar al mercado y se las voy a vender a la hija del burgomaestre, y con el dinero recuperaré mi carretilla”.

»“¿Recuperar tu carretilla? ¡No me digas que la has vendido! ¡A quién se le ocurre semejante estupidez!”.

»“Bueno”, dijo Hans, “lo cierto es que me vi obligado a ello. Como te he dicho, el invierno ha sido muy duro para mí y me quedé sin dinero para comprar pan, así que primero vendí los botones de plata del abrigo de los domingos, después vendí la cadena de plata, después la pipa grande y, por último, la carretilla. Pero ahora lo voy a recuperar todo”.

»“Hans”, dijo el molinero, “te voy a regalar mi carretilla. No es que esté en óptimas condiciones; de hecho, le falta un lateral y no están bien los radios de la rueda; pero, aun así, yo te la voy a dar. Ya sé que es muy generoso de mi parte y que mucha gente pensará que deshacerme de ella es una tremenda necesidad, pero yo no soy como el resto del mundo. Yo pienso que la generosidad es la esencia de la amistad y, además, yo ya tengo una carretilla nueva. Sí, te puedes quedar muy tranquilo, porque te voy a regalar mi carretilla”.

»“Vaya, sí que es generoso de tu parte”, dijo el pequeño Hans, y su divertida cara redonda se iluminó de placer. “La puedo reparar fácilmente, ya que tengo una tabla de madera en casa”.

»“¡Una tabla de madera!”, dijo el molinero. “Eso es precisamente lo que necesito para el tejado de mi granero. Tiene un enorme agujero y se me va a humedecer el cereal si no lo tapo. ¡Qué suerte que lo hayas mencionado! Es sorprendente cómo una buena acción siempre lleva a otra. Yo te doy mi carretilla y ahora tú me vas a dar tu tabla. La carretilla es, sin duda, mucho más valiosa que la tabla, pero la verdadera amistad no repara en esas minucias. Te ruego que me traigas la tabla enseguida y me pondré a trabajar en mi tejado hoy mismo”.

»“¡Por supuesto!”, exclamó el pequeño Hans, y se fue corriendo al cobertizo, de donde volvió con la tabla.

»“No es una tabla muy grande”, dijo el molinero observándola, “y me temo que cuando acabe de arreglar mi tejado no te va a quedar nada para reparar la carretilla; pero, evidentemente, eso no es culpa mía. Y ahora, dado que te he regalado mi carretilla, estoy

seguro de que estarás encantado de darme algunas flores a cambio. Aquí tienes la cesta, y procura que quede bien llena”.

»“¿Bien llena?”, dijo el pequeño Hans bastante apesadumbrado, porque la cesta era muy grande y sabía que, si la llenaba, no le quedarían flores para el mercado, y le preocupaba mucho poder recuperar sus botones de plata.

»“Ya, bueno...”, contestó el molinero, “dado que te he regalado mi carretilla, creo que no es mucho pedir que tú me des unas pocas flores. Puedo equivocarme, pero pensaba que la amistad, la verdadera amistad, debe estar libre de todo tipo de egoísmos”.

»“¡Mi querido amigo!, ¡mi mejor amigo!”, exclamó el pequeño Hans, “puedes disponer de todas las flores de mi jardín. Prefiero cien veces más tu buena opinión sobre mí que mis botones de plata”. Y corrió a coger todas sus preciosas primulas para llenar con ellas la cesta del molinero.

»“Adiós, pequeño Hans”, dijo el molinero mientras se iba cuesta arriba con la tabla al hombro y la gran cesta en la mano.

»“Adiós”, dijo el pequeño Hans, y comenzó a cavar con alegría, feliz y contento por lo de la carretilla.

»Al día siguiente, estaba en el porche fijando con clavos una madreSelva, cuando escuchó la voz del molinero que le llamaba desde el camino. Se bajó de la escalera y atravesó corriendo el jardín hasta el muro, donde estaba el molinero con un enorme saco de harina cargado a la espalda.

»“Mi querido Hans”, dijo el molinero, “¿te importaría llevarme este saco de harina al mercado?”.

»“Oh, no sabes cuánto lo siento”, dijo Hans, “pero hoy estoy muy ocupado. Tengo que fijar todas las plantas trepadoras, regar todas las flores y pasarle el rodillo al césped”.

»“Ya, bueno...”, dijo el molinero, “pero pienso que, si tenemos en cuenta que te voy a dar mi carretilla, negarte es bastante descortés de tu parte”.

»“¡Por favor, no digas eso!”, exclamó el pequeño Hans. “No sería descortés por nada del mundo”. Y corrió a por su gorra, se cargó el saco a la espalda y empezó a caminar dificultosamente. Era un día caluroso y el camino estaba muy polvoriento; y antes de llegar al mojón que indicaba la sexta milla, estaba tan cansado que tuvo que sentarse a descansar; aun así, continuó con gran tesón hasta que, por fin, llegó al mercado. Al cabo de un rato, consiguió vender el saco por una buena suma y decidió volver a casa sin más dilación, ya que tenía miedo de que se le hiciera tarde y pudiera encontrarse ladrones en el camino. “Ha sido un día ciertamente duro”, se decía el pequeño Hans mientras se metía en la cama, “pero me alegro de no haberle dicho que no al molinero, porque es mi mejor amigo y, además, me va a regalar su carretilla”.

»Por la mañana temprano, llegó el molinero para recoger el dinero de la venta de su saco de harina, pero el pequeño Hans estaba tan cansado que seguía todavía en la cama.

»“¡A fe mía que eres un vago!”, exclamó el molinero. “La verdad es que, teniendo en cuenta que te voy a regalar mi carretilla, deberías aplicarte al trabajo. La pereza es un gran pecado, y no me gusta que mis amigos sean perezosos o indolentes. No debes ofenderte por que te hable con tanta claridad. Ni soñaría con hacerlo, si no fuera tu

amigo. ¿Pero de qué sirve la amistad, si uno no puede decir las cosas tal y como las piensa? Cualquiera puede decir cosas agradables para procurar dar contento y halagar los oídos, pero el verdadero amigo siempre dice las cosas desagradables, y no le importa contristar. Más aún: si es realmente un verdadero amigo, prefiere que así sea, porque entonces sabe que está haciendo el bien”.

»“Lo siento mucho”, dijo el pequeño Hans, frotándose los ojos y quitándose el gorro de dormir, “pero estaba tan cansado que decidí quedarme un rato más en la cama escuchando el canto de los pájaros. ¿Te he dicho que siempre trabajo mejor después de haber escuchado el canto de los pájaros?”.

»“Bueno, me alegro”, dijo el molinero, dándole al pequeño Hans unas palmaditas en la espalda, “porque quiero que vengas al molino en cuanto te vistas, para arreglar el tejado de mi granero”.

»Al pobre Hans le preocupaba mucho todo el trabajo que tenía que hacer en su jardín, porque hacía dos días que no regaba las flores, pero no le gustaba negarle nada al molinero, que era tan buen amigo suyo.

»“¿Te parecería descortés que te dijera que estoy ocupado?”, preguntó con voz tímida y medrosa.

»“Ya, bueno...”, contestó el molinero, “creo que no es mucho pedir, teniendo en cuenta que te voy a regalar mi carretilla..., pero, por supuesto, si no quieres, lo tendré que hacer yo”.

»“¡Oh, no! ¡De ningún modo!” exclamó el pequeño Hans. Y saltó de la cama, se vistió y se encaminó al granero. Allí estuvo trabajando todo el día, hasta que se puso el sol y el molinero fue a ver cómo iba.

»“¿Has acabado de arreglar el agujero del tejado, pequeño Hans?”, preguntó el molinero con voz jovial.

»“Sí, ya está”, contestó el pequeño Hans bajándose de la escalera.

»“¡No hay trabajo más placentero que el que uno hace por los demás!” exclamó el molinero.

»“Es un enorme privilegio escucharte”, contestó el pequeño Hans sentándose y secándose el sudor de la frente, “todo un privilegio. Pero me temo que a mí nunca se me ocurrirán ideas tan bellas como las tuyas”.

»“Oh, sí, ya vendrán”, dijo el molinero, “pero tienes que esforzarte más. De momento, solo tienes la práctica de la amistad, pero algún día tendrás también la teoría”.

»“¿De veras lo crees?”, preguntó el pequeño Hans.

»“No me cabe duda”, contestó el molinero, “pero ahora que has arreglado el tejado es mejor que te vayas a casa a descansar, porque quiero que mañana lleves mis ovejas al monte”.

»El pobre Hans no se atrevió a decir nada al respecto y, por la mañana temprano, el molinero le llevó las ovejas a su casita y Hans se fue con ellas al monte. Entre llevarlas y traerlas, se pasó todo el día y, cuando volvió, estaba tan cansado que se quedó dormido en una silla y no se despertó hasta que fue pleno día.

»“¡Qué bien me lo voy a pasar hoy en mi jardín!” se dijo. Y se puso a trabajar. Pero

tampoco esta vez consiguió ocuparse de sus flores, porque su amigo el molinero no dejaba de enviarle a hacer recados que le llevaban mucho tiempo, o le pedía que le ayudara en el molino. Al pequeño Hans esto le afligía mucho en algunos momentos, porque temía que sus flores pensaran que se había olvidado de ellas, pero le consolaba considerar que el molinero era su mejor amigo. “Además”, solía decirse, “me va a regalar su carretilla, y eso es un acto de pura generosidad”.

»Y así, el pequeño Hans trabajaba para el molinero, y el molinero decía todo tipo de cosas bellas sobre la amistad, de las cuales Hans tomaba nota en una libreta para leerlas por la noche, porque era muy aplicado.

»Sucedió una noche que, estando el pequeño Hans sentado junto al fuego, se escucharon fuertes golpes en la puerta. Era una noche muy desapacible y el viento soplaba y rugía con tal fuerza alrededor de la casa que al principio pensó que era la tormenta. Pero entonces se escucharon golpes una segunda vez, y una tercera, más fuertes que los anteriores.

»“Será un pobre viajero”, se dijo el pequeño Hans, y corrió hacia la puerta. Allí estaba el molinero con un farol en una mano y un gran bastón en la otra.

»“Mi querido Hans”, dijo el molinero, “tengo un gran problema. Mi hijo pequeño se ha caído de una escalera y se ha hecho daño, e iba a buscar al médico. Pero vive tan lejos y hace tan mala noche que he pensado que sería mucho mejor que fueras tú en mi lugar. Ya sabes que voy a regalarte mi carretilla y, claro, es de justicia que hagas algo por mí a cambio”.

»“Naturalmente”, contestó el pequeño Hans. “Me halaga que acudas a mí, y voy a ponerme en camino ahora mismo. Pero debes prestarme tu farol, pues la noche es muy oscura y tengo miedo de caerme en una zanja”.

»“Lo siento mucho”, contestó el molinero, “pero este farol es nuevo y sería una gran pérdida para mí que le pasara algo”.

»“Bueno, no te preocupes, me arreglaré sin él”, dijo el pequeño Hans. Y después de ponerse su abrigo de piel, su caliente gorro escarlata y una bufanda alrededor del cuello, emprendió el camino.

»¡Qué tormenta tan terrible! La noche era tan oscura que el pequeño Hans apenas podía ver, y el viento era tan fuerte que a duras penas lograba mantenerse en pie. No obstante, como era muy valiente, estuvo andando unas tres horas, llegó a la casa del médico y llamó a la puerta.

»“¿Quién está ahí?”, gritó el médico asomando la cabeza por la ventana de su dormitorio.

»“El pequeño Hans, doctor”.

»“¿Qué quieres, pequeño Hans?”.

»“El hijo del molinero se ha caído de una escalera y se ha hecho daño, y el molinero quiere vaya usted ahora mismo”.

»“De acuerdo”, dijo el médico. Y pidió que le trajeran su caballo, sus botas y su farol; bajó de su dormitorio y, montado en el caballo, se dirigió a la casa del molinero, con Hans caminando detrás de él con enorme dificultad.

»Pero la tormenta empeoraba por momentos y la lluvia caía a raudales, y el pequeño Hans no veía por dónde iba y no conseguía seguir al caballo. Al final, se desvió del camino y se perdió, yendo a parar a la zona pantanosa, que era un lugar muy peligroso porque estaba lleno de profundos pozos, y allí el pobre Hans se ahogó. Al día siguiente, unos cabreros encontraron su cuerpo flotando en una gran charca, y lo llevaron a su casita.

»Todo el mundo fue al funeral del pequeño Hans, porque era muy querido, y el molinero presidía el duelo.

»«Dado que yo era su mejor amigo», dijo el molinero, «es de justicia que yo ocupe el mejor sitio». Así que se situó al frente de la procesión con una larga capa negra, y de cuando en cuando se secaba los ojos con un pañuelo de bolsillo.

»«La del pequeño Hans es ciertamente una gran pérdida para todos», dijo el herrero, cuando el funeral había acabado y estaban todos en la taberna bebiendo vino con especias y comiendo pastelillos dulces.

»«Una gran pérdida para mí, sin duda», contestó el molinero. «Daos cuenta de que yo había tenido la bondad de regalarle mi carretilla y ahora no sé qué voy a hacer con ella. En casa me estorba bastante, y está tan estropeada que, si la vendiera, no me iban a dar nada por ella. Se acabó esto de regalar cosas a nadie. La generosidad siempre acaba acarreado sufrimiento».

—¿Y bien? —dijo la rata de agua, después de una larga pausa.

—Bien, ese es el final —dijo el pardillo.

—¿Pero qué pasó con el molinero? —preguntó la rata de agua.

—¡Oh! No lo sé —contestó el pardillo—, y te aseguro que no me importa.

—Es evidente, pues, que la compasión no forma parte de tu naturaleza —dijo la rata de agua.

—Me temo que no has entendido muy bien la moraleja de la historia —observó el pardillo.

—¿La qué? —exclamó la rata de agua.

—La moraleja.

—¿Quieres decir que la historia tiene una moraleja?

—Ciertamente —dijo el pardillo.

—Ya, ya veo... —dijo la rata de agua en tono muy enojado—. Creo que eso deberías habérmelo dicho antes de empezar. De haberlo hecho así, no te hubiera escuchado: hubiera dicho «¡bah!», como el crítico. Es más, lo voy a decir ahora.

Y gritó «¡bah!» con todas sus fuerzas, sacudió la cola y se volvió a meter en su madriguera.

—¿Qué te parece la rata de agua? —preguntó la pata, que apareció deslizándose sobre el agua unos minutos después—. Tiene muchas cosas buenas, pero como madre que soy, no puedo mirar a un solterón empedernido sin que se me salten las lágrimas.

—Me temo que le he enfadado —contestó el pardillo—. El caso es que le he contado una historia con moraleja.

—¡Ah!, eso es siempre muy peligroso... —dijo la pata.

Y lo mismo pienso yo.

EL RUISEÑOR Y LA ROSA

—Dijo que bailarían conmigo si le llevaba rosas rojas —se lamentaba el joven estudiante—, pero en todo mi jardín no hay ni una rosa roja.

Desde su nido en la encina, el ruiseñor lo oyó y miró a través de las hojas, preguntándose qué pasaba.

—¡Ni una rosa roja en todo mi jardín! —exclamó el joven estudiante, al tiempo que sus ojos se llenaban de lágrimas—. ¡Ay, de qué pequeñas cosas depende la felicidad! He leído todo lo que han escrito los grandes sabios y son míos los secretos de la filosofía y, sin embargo, por no tener una rosa roja, la mía es una vida desgraciada.

—Por fin un amante verdadero —dijo el ruiseñor—. Noche tras noche he cantado sobre él sin conocerle; noche tras noche he contado su historia a las estrellas, y ahora lo estoy viendo. Su cabello es oscuro como la flor del jacinto, y sus labios son rojos como la rosa de sus deseos; pero la pasión ha vuelto su rostro pálido como el marfil, y la tristeza le ha marcado el semblante con su sello.

—El príncipe da un baile mañana por la noche —musitó el joven estudiante—, y mi amada estará entre los invitados. Si le llevo una rosa roja, bailará conmigo hasta el amanecer. Si le llevo una rosa roja, la sostendré en mis brazos, ella apoyará la cabeza en mi hombro y estrecharé su mano entre la mía. Pero en mi jardín no hay rosas rojas, así que me sentaré triste y solo, y ella pasará de largo. No se fijará en mí, y me partirá el corazón.

—Este sí que es un amante verdadero —dijo el ruiseñor—. Lo que yo canto, él lo sufre: lo que es gozo para mí, es dolor para él. El amor es sin duda algo maravilloso. Es más precioso que las esmeraldas y más valioso que el iris. Perlas y granadas no pueden comprarlo, y no se vende en el mercado. No se le compra a los mercaderes, ni se puede pesar en la balanza del oro.

—Los músicos se sentarán en la tribuna —dijo el joven estudiante— y tocarán sus instrumentos de cuerda, y mi amada bailará al son del arpa y el violín. Bailará tan liviana que sus pies no tocarán el suelo, y los cortesanos, ataviados con festivos ropajes, se apiñarán a su alrededor. Pero no bailará conmigo, porque no tengo una rosa roja que darle.

Y se dejó caer en la hierba, se cubrió la cara con las manos y lloró.

—¿Por qué llora? —preguntó un pequeño lagarto verde que pasaba corriendo y agitando su cola al aire.

—Sí, ¿por qué? —dijo una mariposa que revoloteaba persiguiendo un rayo de sol.

—Sí, ¿por qué? —susurró una margarita a su vecina, con voz suave y queda.

—Llora por una rosa roja —dijo el ruiseñor.

—¿Por una rosa roja? —exclamaron—. ¡Qué ridiculez!

Y el pequeño lagarto, que era un poco cínico, soltó una carcajada.

Pero el ruiseñor, que comprendía el secreto de la tristeza del estudiante, se sentó en silencio en la encina y se puso a pensar en el misterio del amor. De manera súbita, extendió sus alas de color castaño y echó a volar. Cruzó la alameda como una sombra, y como una sombra atravesó el jardín. En el centro de la franja de césped había un bello rosal y, cuando lo vio, voló hasta él y se posó en una ramita.

—Dame una rosa roja —dijo— y te cantaré mi más dulce canción.

Pero el rosal meneó la cabeza.

—Mis rosas son blancas —contestó—; tan blancas como la espuma del mar y más blancas que la nieve de las montañas. Pero vete a ver a mi hermano, el que crece alrededor del viejo reloj de sol, y quizás él te dé lo que quieres.

Así que el ruiseñor voló hasta el rosal que crecía alrededor del viejo reloj de sol.

—Dame una rosa roja —dijo— y te cantaré mi más dulce canción.

Pero el rosal meneó la cabeza.

—Mis rosas son amarillas —contestó—; tan amarillas como el cabello de la sirena que se sienta en un trono de ámbar y más amarillas que el narciso que florece en el prado antes de que el segador llegue con la guadaña. Pero vete a ver a mi hermano, el que crece bajo la ventana del estudiante, y quizás él te dé lo que quieres.

Así que el ruiseñor voló hasta el rosal que crecía bajo la ventana del estudiante.

—Dame una rosa roja —dijo— y te cantaré mi más dulce canción.

Pero el rosal meneó la cabeza.

—Mis rosas son rojas —contestó—; tan rojas como las patas de la paloma y más rojas que los abanicos de coral que se mecen en las cavernas del océano. Pero el invierno ha congelado mis venas, la helada ha quemado mis brotes y la tormenta ha quebrado mis ramas, y no tendré rosas este año.

—Una rosa es todo lo que quiero —dijo el ruiseñor—... ¡Solo una rosa roja! ¿No hay modo de que pueda conseguirla?

—Hay un modo —contestó el rosal—, pero es tan terrible que no me atrevo a decírtelo.

—Dímelo —dijo el ruiseñor—, no tengo miedo.

—Si quieres una rosa roja —dijo el rosal—, la debes confeccionar con música a la luz de la luna y teñirla con la sangre de tu corazón. Debes cantarme con el pecho apretado contra una espina. Toda la noche deberás cantarme y la espina deberá atravesar tu corazón, y la sangre que te da vida deberá fluir en mis venas y hacerse mía.

—La muerte es un alto precio a pagar por una rosa roja —exclamó el ruiseñor—, y la vida es para todos un don muy preciado. Es delicioso sentarse en el verde bosque y contemplar el sol en su carro de oro y la luna en su carro de perlas. Dulce es la fragancia del majuelo y dulces son los jacintos que se ocultan en el valle y el brezo que el viento mece en la colina. Pero el amor es mejor que la vida, ¿y qué es el corazón de un pájaro comparado con el corazón de un hombre?

Así que extendió sus alas de color castaño y echó a volar. Surcó el jardín como una sombra, y como una sombra atravesó la alameda.

El joven estudiante seguía tendido en la hierba, en el sitio donde lo había dejado, y las lágrimas de sus bellos ojos no se habían secado todavía.

—¡Alégrate! —le gritaba el ruiseñor—, ¡alégrate!; tendrás tu rosa roja. La confeccionaré con música a la luz de la luna y la teñiré con la sangre de mi corazón. Todo lo que te pido a cambio es que seas un verdadero amante, porque el amor es más sabio que la filosofía, que es muy sabia, y más poderoso que la fuerza, que es muy poderosa. Sus alas tienen el color del fuego y como el fuego es el color de su cuerpo. Sus labios son dulces como la miel y su aliento es como incienso.

El estudiante lo miraba desde la hierba y escuchaba, pero no entendía lo que el ruiseñor le decía, porque solo sabía las cosas que están escritas en libros. Pero la encina entendió, y se puso triste, porque quería mucho al ruiseñor, que había construido el nido en sus ramas.

—Cántame una última canción —le susurró—. Voy a sentirme muy sola cuando ya no estés.

Así que el ruiseñor le cantó a la encina, y su voz sonaba como el borboteo del agua al caer de un cántaro de plata. Cuando acabó la canción, el estudiante se levantó y sacó del bolsillo un cuaderno y un lápiz.

—Es bello el canto del ruiseñor —se decía al alejarse caminando por la alameda—, no se puede negar. ¿Pero tiene sentimiento? Me temo que no. De hecho, es como la mayoría de los artistas: todo estilo y ninguna sinceridad. Nunca se sacrificaría por otros. Solo piensa en la música, y todo el mundo sabe que las artes son egoístas. No obstante, hay que reconocer que su voz emite algunas notas muy bellas. Es una pena que no signifiquen nada y que el ruiseñor no reporte beneficio alguno.

Y entró en su habitación, se tumbó en su camastro, se puso a pensar en su amor y, al cabo de un rato, se durmió.

Cuando la luna empezó a brillar en el cielo, el ruiseñor voló hasta el rosal y apoyó su pecho en una espina. Toda la noche cantó con el pecho contra la espina, y la luna fría y cristalina se inclinó para escuchar. Toda la noche cantó, y la espina se le iba clavando cada vez más adentro, y la sangre que le daba vida se iba consumiendo...

Primero cantó al nacimiento del amor en el corazón de un joven y una joven. Y en la ramita más alta del rosal floreció una maravillosa rosa: pétalo tras pétalo, canción tras canción. Al principio era pálida como la neblina que se cierne sobre el río, pálida como los pies de la alborada y plateada como las alas del amanecer. Como el reflejo de una rosa en un espejo de plata, como el reflejo de una rosa en un estanque: así era la rosa que floreció en la ramita más alta del rosal.

Pero el rosal le decía al ruiseñor que se apretara más contra la espina.

—Apriétate más, pequeño ruiseñor —decía el rosal—, o será de día antes de que la rosa esté acabada.

Así que el ruiseñor se apretó más contra la espina, y su canto se oía cada vez más alto, porque cantaba al nacimiento de la pasión en el alma de un hombre y una doncella. Y un delicado tono rosáceo tiñó los pétalos de la rosa, como el rubor tiñe el rostro del novio cuando besa los labios de la novia. Pero la espina no había alcanzado el corazón del

ruiseñor, por lo que el corazón de la rosa seguía blanco, porque solo la sangre del corazón de un ruiseñor puede volver carmesí el corazón de una rosa.

Y el rosal le decía al ruiseñor que se apretara más contra la espina.

—Apriétate más, pequeño ruiseñor —decía el rosal—, o será de día antes de que la rosa esté acabada.

Así que el ruiseñor se apretó más contra la espina, la espina alcanzó su corazón y una espantosa punzada le penetró. El dolor era cada vez más agudo y la canción era cada vez más apasionada, pues el ruiseñor cantaba al amor que la muerte acrisola, al amor que no muere en la tumba.

Y la maravillosa rosa se volvió carmesí, como la rosa del cielo de Oriente. Carmesí era la corola y carmesí, como un rubí, el corazón.

Pero la voz del ruiseñor empezó a apagarse, sus alitas empezaron a agitarse y un velo cubrió sus ojos. Su canción se apagaba por momentos y un nudo atenazaba su garganta. Entonces el ruiseñor profirió su último trino. La blanca luna lo oyó, se olvidó de la aurora y continuó en el cielo. La rosa roja lo oyó, se estremeció en un éxtasis y abrió sus pétalos al frío aire de la mañana. El eco lo llevó hasta su púrpura cueva en las montañas y despertó a los pastores de sus sueños. Flotó entre los juncos del río y estos llevaron su mensaje al mar.

—¡Mirad, mirad! —exclamó el rosal—, la rosa está acabada.

Pero el ruiseñor no contestó, porque yacía muerto entre la alta hierba con la espina en el corazón.

Y al mediodía el estudiante abrió la ventana y miró afuera.

—¡Caramba! ¡Qué increíble suerte la mía! —exclamó—. ¡Aquí tengo una rosa roja! No había visto una rosa como esta en mi vida. Es tan bella que estoy seguro de que tendrá un largo nombre en latín.

E, inclinándose, la arrancó. Se puso entonces el sombrero y corrió a la casa del profesor con la rosa en la mano. La hija del profesor estaba sentada a la entrada devanando seda azul en un carrete, con su perrito echado a los pies.

—Dijiste que bailarías conmigo si te traía una rosa roja —dijo el estudiante—. Aquí tienes la rosa más roja del mundo. La llevarás cerca de tu corazón esta noche, y cuando bailemos juntos ella te dirá cuánto te amo.

Pero la joven frunció el ceño.

—Me temo que no va con mi vestido —contestó—; y además, el sobrino del chambelán me ha enviado joyas de verdad, y todo el mundo sabe que las joyas valen mucho más que las flores.

—¡A fe mía que eres una desagradecida! —exclamó el estudiante enfadado, y lanzó a la calle la rosa, que cayó sobre una alcantarilla, donde le pasó por encima la rueda de un carro.

—¿Desagradecida? —gritó la chica—. Deja que te diga que eres un insolente. Y, a fin de cuentas, ¿quién eres tú? Un mero estudiante. No creo que tengas ni hebillas de plata en los zapatos, como tiene el sobrino del chambelán.

Y levantándose de la silla, entró en la casa.

—Qué cosa tan tonta es el amor —dijo el estudiante mientras se alejaba—. No es ni la mitad de útil que la Lógica, porque nunca prueba nada; siempre te habla de cosas que no van a suceder y le hace creer a uno cosas que no son verdad. De hecho, es de lo menos práctico y, dado que, en los tiempos que corren, ser práctico lo es todo, me vuelvo a la filosofía y al estudio de la Metafísica.

Así que, de nuevo en su habitación, cogió un enorme volumen cubierto de polvo y empezó a leer.

TRES

EL MILLONARIO MODELO

A menos que uno sea rico, ser un tipo encantador no sirve para nada. El romanticismo es privilegio de ricos, no oficio de desempleados. Los pobres deben ser prácticos y prosaicos. Es mejor tener ingresos fijos que ser una persona fascinante. Estas son las grandes verdades de la vida moderna de las que Hughie Erskine nunca fue consciente. ¡Pobre Hughie! Desde el punto de vista intelectual, debemos admitir que no era alguien notable. Nunca en su vida dijo cosa alguna brillante, ni tampoco cosa alguna perversa. Pero sí era llamativamente bien parecido: pelo castaño rizado, facciones bellamente cinceladas y ojos grises. Era tan admirado y querido por los hombres como por las mujeres, y poseía toda suerte de destrezas, excepto la de hacer dinero. La herencia que le legó su padre se redujo a una espada de oficial de caballería y una *Historia de la Guerra Peninsular* en quince tomos. Hughie colgó aquella encima de un espejo, acomodó estos en una estantería, entre volúmenes de la *Ruff's Guide* y volúmenes de la *Bailey's Magazine*, y siguió viviendo con la asignación de doscientas libras anuales que le proporcionaba una anciana tía.

Hughie lo había intentado todo. Había estado seis meses en la bolsa, ¿pero qué puede hacer una inocente mariposa en una jungla de fieros especuladores? Se había dedicado al comercio de té durante algo más de tiempo, pero no tardó en cansarse de tanto *peko* y tanto *suochong*. Lo intentó entonces con la venta de jerez seco; pero aquello no funcionó, porque el jerez resultó más seco de lo esperado. Al final ya no se dedicaba a nada: era un joven improductivo y encantador, con perfectas facciones y sin oficio.

Para acabar de estropear las cosas, estaba enamorado. La joven a la que amaba era Laura Merton, hija de un coronel retirado que había perdido la paciencia y la salud gástrica en la India, y nunca había recuperado ni la una ni la otra. Laura adoraba a Hughie y él besaba donde ella pisaba. Formaban la más bella pareja de todo Londres, y entre los dos no poseían ni un penique. Al coronel le caía muy bien Hughie, pero no quería ni oír hablar de compromiso.

—Cuando tengas un patrimonio de diez mil libras, querido, ven a verme y trataremos el tema —le decía de vez en cuando. Y los días que el coronel le decía eso, a Hughie le invadía la melancolía y tenía que acudir a Laura en busca de consuelo.

Una mañana, cuando iba camino de Holland Park, donde vivían los Merton, decidió hacerle una visita a su gran amigo Alan Trevor. Trevor era pintor. Es un hecho que pocos se libran de serlo hoy en día; pero Trevor era, además, artista, y los artistas escasean. En lo personal era un tipo peculiar y brusco, con la cara cubierta de pecas y una desgredada barba pelirroja. No obstante, cuando cogía el pincel era un auténtico maestro y sus cuadros eran muy cotizados. Al principio, lo que le había fascinado de Hughie —hay que reconocerlo— era solo su personal atractivo.

—Las únicas personas que debiera conocer un pintor —solía decir— son las que son *bête* y bellas: aquellas que producen placer artístico al mirarlas y reposo intelectual al hablar con ellas. Los dandis y las guapas gobiernan el mundo, o deberían.

Sin embargo, a medida que fue conociendo mejor a Hughie, empezó a admirar en igual medida su contagioso optimismo y su desinteresada generosidad, y le concedió por ello *entrée* permanente en su estudio.

Cuando llegó Hughie, Trevor estaba dándole los últimos retoques a un maravilloso cuadro de tamaño natural de un mendigo. El mendigo estaba posando de pie encima de una tarima situada en una esquina del estudio. Era un anciano lleno de arrugas, con la piel de la cara como un pergamino y una expresión que inspiraba una profunda compasión. Sobre los hombros llevaba una capa de color pardo, raída y con abundantes jirones; sus bastas botas estaban cosidas y recosidas; y se apoyaba con una mano en un tosco bastón, mientras con la otra sujetaba un estropeado sombrero en ademán de pedir limosna.

—¡Qué modelo tan impresionante! —susurró Hughie mientras le estrechaba la mano a su amigo.

—¿Modelo impresionante?! —respondió Trevor a voz en cuello—. ¡Ya lo creo! No se encuentran mendigos como él todos los días. ¡Un *trouvaille, mon cher!*, ¡un Velázquez viviente! ¡Menuda suerte he tenido! ¡Qué grabado le habría hecho Rembrandt!

—¡Pobre diablo! —dijo Hughie—. ¡Parece muy desgraciado! Pero supongo que, para vosotros los pintores, su cara es su riqueza, ¿no?

—Por supuesto —contestó Trevor—, ¿quién va a querer un mendigo con cara de felicidad?

—¿Cuánto cobran los modelos por posar? —preguntó Hughie mientras se sentaba en un cómodo diván.

—Un chelín la hora.

—¿Y cuánto ganas tú con el cuadro, Alan?

—Por este, dos mil.

—¿Libras?

—Guineas. Los pintores, los poetas y los médicos siempre cobran en guineas.

—Bueno, pienso que el modelo debería cobrar un porcentaje —dijo Hughie riendo—; su trabajo es tan duro como el tuyo.

—¡Tonterías, tonterías! Considera el esfuerzo que supone el mero hecho de aplicar la pintura, ¡y todo el día de pie junto al caballete! Para ti es muy fácil hablar, Hughie, pero te aseguro que hay momentos en que el arte alcanza casi la dignidad del trabajo manual. Pero déjate de charlas, que estoy muy ocupado. Fúmame un cigarrillo y estate callado.

Al cabo de un rato, entró un criado y le dijo a Trevor que el marquista quería hablar con él.

—No te escapes, Hughie —dijo cuando salía—, enseguida vuelvo.

El viejo mendigo aprovechó la ausencia de Trevor para descansar un poco en un banco de madera que había detrás de él. Parecía tan triste y desgraciado que Hughie no pudo evitar sentir pena por él y se palpó los bolsillos para ver cuánto dinero llevaba encima.

No tenía más que un soberano de oro y algunos peniques. «Pobre hombre», pensó, «lo necesita más que yo, pero esto significa dos semanas sin poder coger un cabriolé»; y atravesó el estudio y depositó el soberano de oro en la mano del mendigo.

El anciano dio un respingo y una leve sonrisa se dibujó en sus labios inexpresivos.

—Gracias, señor —dijo—, gracias.

Entonces llegó Trevor, y Hughie se despidió, un tanto ruborizado por lo que acababa de hacer. Pasó el resto del día con Laura, quien le recriminó cariñosamente el dispendio, y tuvo que volver andando a casa.

Hacia las once de la noche, fue dando un paseo hasta el Palette Club, donde se encontró a Trevor sentado él solo en el salón de fumadores, bebiendo vino blanco del Rin con agua de Seltz.

—Bueno, Alan, ¿acabaste por fin el cuadro? —le preguntó mientras encendía un cigarrillo.

—¡Acabado y enmarcado, amigo! —contestó Trevor—. Y, por cierto, ¡menuda conquista la tuya! El viejo modelo que conociste te adora. Le he tenido que contar todo sobre ti: quién eres, dónde vives, cuáles son tus ingresos, tus proyectos...

—Mi querido Alan —exclamó Hughie—, seguro que me lo encuentro esperándome cuando vuelva a casa. Pero ya sé que estás bromeando. ¡Pobre desgraciado! Ojalá pudiera hacer algo por él. Me parece terrible que haya personas que tengan que sufrir tanto. Tengo un montón de ropa vieja en casa... ¿Crees que la podría querer? Sus andrajos se le estaban cayendo a pedazos.

—Pues le sientan divinamente —dijo Trevor—. No se me ocurriría pintarle con levita por nada del mundo. Lo que tú llamas andrajos, yo lo llamo romanticismo. Lo que a ti te parece pobreza, a mí me parece pintoresquismo. No obstante, le informaré de tu oferta.

—Alan —dijo Hughie con gran seriedad—, los pintores no tenéis corazón.

—El corazón de un artista es su cabeza —contestó Trevor—; y además, nuestro trabajo es mostrar la realidad del mundo cuando lo vemos, no reformarlo cuando lo conocemos. *A chacun son métier*. Y ahora dime cómo está Laura: el viejo modelo mostró bastante interés por ella.

—¡No es cierto que le has hablado de ella...! —exclamó Hughie.

—Pues lo cierto es que sí. Lo sabe todo sobre el implacable coronel, la adorable Laura y las diez mil libras.

—¿Le has hablado a ese viejo mendigo de mi vida privada? —gritó Hughie, rojo de ira.

—Querido —dijo Trevor sonriendo—, ese viejo mendigo, como tú lo llamas, es uno de los hombres más ricos de Europa. Podría comprar mañana toda la ciudad de Londres sin dejar un descubierto en su cuenta. Tiene casa en todas las capitales, cena en vajilla de oro y puede evitar que Rusia vaya a la guerra cuando quiera.

—¿A qué demonios te refieres? —exclamó Hughie.

—Lo que te estoy diciendo —dijo Trevor—. El anciano que has visto hoy en el estudio es el barón de Hausberg. Es un gran amigo mío, compra todos mis cuadros y esas cosas, y me encargó hace un mes que le hiciera un retrato caracterizado como mendigo. ¿Que

voulez-vous? ¡La fantaisie d'un millionnaire! Y debo decir que consigue una espléndida caracterización con sus harapos; o más bien, con los míos: es un viejo traje que conseguí en España.

—¡El barón de Hausberg! —gritó Hughie—. ¡Dios mío! ¡Le di un soberano de oro!

Y se hundió en la butaca, la viva imagen de la desolación.

—¡Le diste un soberano de oro! —gritó Trevor, y estalló en una carcajada—. Querido, no lo vas a volver a ver... *Son affaire c'est l'argent des autres.*

—Creo que deberías habérmelo dicho —dijo Hughie en tono irritado—, para no hacerme quedar como un imbécil.

—Ya, pero lo cierto es, Hughie —dijo Trevor—, que en ningún momento pensé que irías por ahí repartiendo limosna de un modo tan irresponsable. Puedo entender que beses a una bella modelo, pero darle un soberano de oro a uno feo..., ¡no, por Júpiter! Además, el hecho es que yo no esperaba a nadie en casa, y cuando llegaste, no sé si a Hausberg le habría gustado que mencionara su nombre. No iba precisamente vestido de etiqueta...

—¡Debe de pensar que soy un tarugo! —dijo Hughie.

—En absoluto. Estaba de muy buen humor cuando te fuiste. No dejaba de reírse solo y de frotarse las arrugadas manos. Yo no entendía por qué tanto interés en saber sobre ti, pero ahora lo veo claro. Va a invertir ese soberano tuyo, Hughie, y te pagará los intereses cada seis meses; y ya tiene una historia de primera para contar en las sobremesas.

—Infeliz de mí... —masculló Hughie—. Lo mejor que puedo hacer es irme a la cama. Y, por favor te pido, querido Alan, que no se lo cuentes a nadie. A ver con qué cara me pasearía yo por el Row...

—¡Estupideces! Lo sucedido acredita sobremanera tu filantrópico espíritu. Y no te vayas. Fúmate otro cigarrillo y puedes contarme todo lo que quieras de Laura.

Pero Hughie no se quedó. Se fue andando a casa sumido en un profundo desconsuelo, mientras Alan Trevor se quedaba allí riéndose a mandíbula batiente.

A la mañana siguiente, mientras desayunaba, el criado le entregó una tarjeta en la que estaba escrito: «Monsieur Gustave Naudin, *de la part de* M. le Baron Hausberg».

—Supongo que habrá venido a exigir una disculpa —dijo Hughie para sí; y le pidió al criado que hiciera entrar a la visita.

Un anciano caballero con lentes de montura dorada y pelo cano entró en la sala y dijo, con un leve acento francés:

—¿Tengo el honor de dirigirme a *monsieur* Erksine?

Hughie asintió con la cabeza.

—Vengo de parte del barón de Hausberg —continuó—. El barón...

—Le ruego presente al barón mis más sinceras disculpas —dijo Hughie con voz entrecortada.

—El barón —dijo el anciano caballero con una sonrisa— me ha encargado que le traiga esta carta.

Y le entregó un sobre lacrado. Por fuera tenía escrito «Regalo de boda para Hugh Erskine y Laura Merton, de un viejo mendigo», y dentro había un cheque de diez mil

libras.

Cuando se casaron, Alan Trevor fue el padrino y el barón dijo unas palabras en la comida.

—Los modelos millonarios —apostilló Alan— son bastante infrecuentes; pero, ¡por Júpiter!, los millonarios modelo son más infrecuentes aún.

Aristóteles
Ética a Nicómaco
(selección)



selección doce mas

RIALP

Ética a Nicómaco

Aristóteles

9788432148545

98 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

La Ética a Nicómaco es una colección de textos de Aristóteles, destinados a ser leídos y discutidos en el Liceo, su escuela en Atenas. Examina la naturaleza de la virtud y el contenido de muchas de ellas, reflexiona sobre la felicidad, el placer y el dolor, y ofrece sobre todo un excelente tratado sobre la amistad. Esta selección recoge textos que gozan de vigencia universal tanto en el espacio como en el tiempo.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER
OBRAS COMPLETAS

— * —

EN DIÁLOGO CON EL SEÑOR

TEXTOS DE LA PREDICACIÓN ORAL

Edición crítico-histórica
preparada por
LUIS CANO y FRANCISC CASTELLS

INSTITUTO HISTÓRICO
SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER

RIALP

En diálogo con el Señor

Escrivá de Balaguer, Josemaría

9788432148620

512 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Este volumen de las obras completas, primero de la serie Textos de la predicación oral, recoge el texto de veinticinco predicaciones de san Josemaría entre 1954 y 1975. Dirigidas en su momento a miembros del Opus Dei, sus palabras son ahora publicadas por primera vez para un público general, en el contexto de sus obras completas, para que "muchas otras personas —además de los fieles del Opus Dei— descubran una ayuda para tratar a Dios con confianza y afecto filial". Su título "manifiesta bien el contenido y finalidad de esta catequesis: ayudar a hacer oración personal", en palabras de Javier Echevarría. El estudio crítico-histórico ha sido llevado a cabo por Luis Cano, secretario del Instituto Histórico San Josemaría Escrivá de Balaguer y profesor de Historia de la Iglesia en el Istituto di Science Religiose all'Apollinare (Roma) y Francesc Castells i Puig, licenciado en Historia y doctor en Filosofía, y miembro del mismo Instituto.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

JOSÉ LUIS GONZÁLEZ GULLÓN

ESCONDIDOS

El Opus Dei en la zona republicana
durante la Guerra Civil española (1936-1939)



Escondidos

González Gullón, José Luis

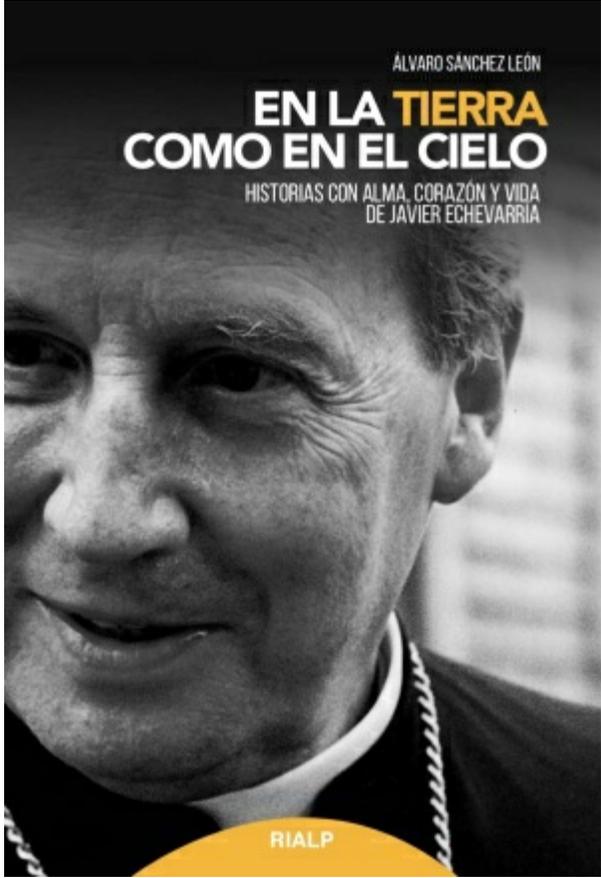
9788432149344

482 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El inicio de la Guerra Civil española, en 1936, sorprendió al fundador del Opus Dei y a la mayoría de sus miembros en la zona republicana. Todos se escondieron para evitar la dura represión revolucionaria. Con el paso de los meses, los refugios y asilos dieron paso a las escapadas y expediciones. Gracias al desvelo de José María Escrivá, el Opus Dei sobrevivió en medio de la tragedia desencadenada por el conflicto armado.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



En la tierra como en el cielo

Sánchez León, Álvaro

9788432149511

392 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El 12 de diciembre de 2016 murió en Roma Javier Echevarría. Esa noche fue trending topic. Era el tercer hombre al frente del Opus Dei. A los 84 años, el obispo español dejaba la tierra después de sembrar a su alrededor una sensación como de cosas de cielo. Menos de 365 días después de su fallecimiento, 45 de las personas que más convivieron con él, hablan en directo de su alma, su corazón y su vida. Sin trampa ni cartón. Este libro no es una biografía, ni una semblanza, ni un perfil, ni un estudio histórico. No es, sobre todo, una hagiografía... Es un collage periodístico que ilustra, en visión panorámica, las claves de una buena persona, que se implicó en mejorar nuestro mundo contemporáneo.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

JACQUES PHILIPPE

*Si conocieras
el don de Dios*

Aprender a recibir



PATMOS
DISCOS DE ESPIRITUALIDAD

RIALP

Si conocieras el don de Dios

Philippe, Jacques

9788432147173

200 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¡Si conocieras el don de Dios! Así se dirige Jesucristo a la mujer de Samaría, junto al pozo de Sicar. Quien conoce ese don, lo conoce todo. La existencia cristiana no consiste en realizar esfuerzos tensos e inquietos, sino en acoger el don de Dios. El cristianismo no es una religión del esfuerzo, sino de la gracia divina. Ser cristiano no es cumplir una lista de cosas que hay que hacer, sino acoger, mediante la fe, el don que se nos ofrece gratuitamente. Jacques Philippe, con ese telón de fondo, trata así de la apertura al Espíritu Santo, la oración, la libertad interior, la paz de corazón, etc., invitando a los lectores "a anticipar la Pentecostés de amor y misericordia que Dios desea derramar sobre nuestro mundo".

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Índice

PORTADA INTERIOR	2
CRÉDITOS	3
ÍNDICE	4
INTRODUCCIÓN	5
EL AMIGO FIEL	8
EL RUISEÑOR Y LA ROSA	17
EL MILLONARIO MODELO	22